

**“LA INSOPORTABLE LEVEDAD DEL DISCURSO”.**  
**TIMOS EPISTEMOLÓGICOS EN LA CONSTRUCCIÓN**  
**MEDIÁTICA DE LA NARCOVIOLENCIA**

*“The Unbearable Lightness of Speech”. Epistemological Ruses  
in the Mediatic Construction of Narco-Violence*

MARÍA LUJAN CHRISTIANSEN  
UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO, MÉXICO  
mlchris\_mex@hotmail.com

**Resumen:** cuando se observan los discursos que modelan masivamente la percepción social sobre el fenómeno de la narcoviolencia, es posible identificar el potencial que concentra el medio televisivo. En este artículo, se analiza el tipo de retórica que prevalece en los siguientes formatos de tal ámbito: 1) el espacio televisivo en el que se da a conocer el posicionamiento oficial del gobierno (conferencias de prensa, cadena nacional); 2) el espacio que simplemente “transmite” la noticia sobre episodios de alto impacto (noticiero); 3) el espacio que realiza un periodismo de investigación; 4) el espacio recreativo, que apela a la ficción basada en la historia de famosos cárteles de la droga y en la biografía de sus capos (narcotelevisión). En particular, se subraya la injerencia de ciertas maniobras narrativas cuyo peso epistémico es fundamental para validar los discursos imperantes (individualización, sustancialización y polarización explicativa).

**Palabras clave:** epistemología, narcoviolencia, espacios televisivos, percepción social masiva

**Abstract:** There are peculiar characteristics in the conditions under which the drug-related violence is described in contemporary Mexico. When the speeches that shape the massive social perception of such phenomena are observed, it is possible to identify the potential that is concentrated by television. In this article, the kind of rhetoric that prevails in the following formats is analyzed. They deal with narco-world from different points of observation: 1) the television space that make to know the official position of the government (Press Conferences); 2) the space that simply “gives” the news about episodes of high impact (News); 3) the space dedicated to investigative journalism; 4) the recreational space, appealing to the fiction based on the history of famous drug cartels and their kingpins biography (narco-TV). For all cases, three epistemological assumptions are analyzed: (individualization, substantiation and explanatory polarization)

**Keywords:** Epistemology, Narcoviolence, Television, Massive Social Perception



## Introducción

En México, la declarada “guerra contra los cárteles” se ha justificado sobre la base de una retórica acusatoria, depredadora y penalizante. Narcocultura e inframundo parecen remitir a lo mismo: individuos despiadados, infames y con nulas chances de rehabilitarse. Los medios de comunicación engrosan una forma de representación criminalizada y psicopatologizante cuyo asidero se refuerza en el abordaje que los voceros hacen del tema a través de los medios oficiales: en el relato convencional, abundan las descripciones que presumen que la narcoviolenca es un cáncer social cuyas células malignas habitan específicamente en las pútridas “psiquis” de los delincuentes.

El conjunto de creencias que valida tal andamiaje narrativo constituye su “epistemología” (entendiendo por ésta al entramado de ideas, prácticas y valores que es preciso sostener para conferirle credibilidad a tal estilo de explicación). Describir la denominada “narcoviolenca” bajo tales lineamientos sólo es posible si se combinan una serie de recursos gnoseológicos que terminan por instaurar un patrón explicativo dominante (el cual, después de un tiempo considerable, irá adquiriendo el peso de una explicación “natural” sobre tal fenómeno).

Entre esos dispositivos narrativos que coadyuvan a la unanimidad de opiniones sobre la violencia asociada al narcotráfico, se destacan los siguientes: 1) la “individualización” de la causa (es decir, la narcoviolenca es explicada como resultado de la peligrosidad, la inmoralidad o la enfermedad mental de sujetos individuales); 2) la “sustantivización” del tema (esto es, “la” narcoviolenca es exhibida como Realidad a observar objetivamente); 3) la “polarización” del fenómeno en categorías dicotomizadas (división de buenos y malos, víctimas y verdugos, culpables e inocentes).

Ahora bien, estas tres maniobras de argumentación (individualización, sustantivización y polarización) pueden actuar recursivamente, reforzándose una a la otra. Cuando ello ocurre, se crea un caldo de cultivo que resulta ideal para la gestación de una cierta visión que se volverá prototípica, y que terminará encarnándose en el imaginario social<sup>1</sup> que una cultura comparte sobre un determinado estado de cosas. En este artículo, se propone un ejercicio de comprensión de ciertos aspectos de la narcoviolenca tal como ha sido presentada en medios masivos de comunicación. En primer lugar, se expondrán algunos de los argumentos que orbitan alrededor de dichos ardidés

---

<sup>1</sup> La noción de “imaginario social” es tomada aquí en el sentido otorgado por Esther Díaz (2006), quien lo define en términos de un conjunto de parámetros epocales, a partir de los cuales la gente puede juzgar y actuar en una cierta dirección. Según Díaz, los imaginarios sociales producen apreciaciones, gustos, ideales, y orientan las conductas de las personas que conforman una cultura. El imaginario es el efecto de una compleja red de relaciones entre discursos y prácticas sociales que interactúan con las individualidades. Se constituye a partir de las coincidencias valorativas de las personas, se manifiesta en lo simbólico a través del lenguaje y en el accionar concreto entre las personas. Comienza a actuar como tal, tan pronto como adquiere independencia de las voluntades individuales, aunque necesita de ellas para materializarse. Se instala en las distintas instituciones que componen la sociedad, para poder actuar en todas las instancias sociales. Si bien el imaginario no suscita uniformidad de conductas, señala tendencias.

epistemológicos en las reinantes explicaciones populares sobre tal cuestión. Luego se indicarán limitaciones e inconsistencias intrínsecas a esos estilos narrativos y, finalmente, se expondrán algunos de los posibles itinerarios que pudieran guiar la investigación por senderos más fértiles y menos transitados. Es pertinente señalar que, si bien esta reflexión constituye una fenomenología de lo actualmente ocurrido en la sociedad mexicana, puede asimismo funcionar heurísticamente como fuente de ideas para entender otras realidades que se intersectan en modos complejos.

### **Narcoviencia: "asunto de maleantes"**

Cuando se insiste recurrentemente en la violencia de los sujetos individuales no es difícil caer en la trampa de creer que no existe otra. Zizek lo ha enunciado claramente: la violencia que se percibe como subjetiva "se la considera como tal en contraste con un fondo de nivel cero de violencia. Se la observa como una perturbación del estado de cosas "normal" y "pacífico" (2009: 10). Sin embargo, en esa supuesta "normalidad" se enquistan otros tipos de violencia, cuya imperceptibilidad las hace comparables, metafóricamente, con la "materia oscura" de la física. En la opinión pública, múltiples formas de violencia simbólica y estructural son tratadas como si se redujeran a la violencia emanada de individuos aislados (y no al tipo de relaciones en las que estos participan). No es extraño que nos encontremos mejor preparados para observar la conducta violenta de un sicario que para percibir las sutiles, permanentes y eclipsadas expresiones de la violencia estructural. Tampoco estamos entrenados para captar las hondas conexiones existentes entre fenómenos microsociales y macrosociales. A duras penas alcanzaríamos a vislumbrar, por ejemplo, la capilaridad que liga la existencia del sicariato local con las escalofrantes desigualdades consumadas por las macropolíticas neoliberales.

El estilo de observación que tiende a identificar los fenómenos como cuestiones "individuales" se ve fortalecida por la insistencia que la ciencia moderna le confiere al método analítico: se supone que, para explicar un hecho determinado, debemos descomponerlo en sus partes constitutivas y estudiarlas por separado. Siguiendo tal imperativo, el estudio de la violencia social quedaría sujeta a esa fragmentación metodológica, siendo el individuo la unidad de investigación de la cual habría que partir.

Ahora bien, como recurso de legitimación de dicha mirada individualizante, se apela a las disciplinas científicas que supuestamente ofrecen las razones "objetivas" para convalidar tal punto de vista. Una muestra ilustrativa la proporciona la psicopatología y psicología forense, cuyo estandarte epistémico da la apariencia de un indudable rigor empírico. Recordemos, por ejemplo, un caso distintivo ocurrido en el pasado sexenio de Felipe Calderón, cuando el entonces subprocurador José Luis Santiago Vasconcelos (cabeza principal del combate contra la delincuencia organizada), se refirió a Joaquín Guzmán Loera, alias El Chapo Guzmán, sustentando sus dichos en los peritajes criminológicos que expertos de la Procuraduría General de la República (PGR) realizaron en 2005. La descripción de Loera en los siguientes términos se usó

para dar cuenta del violento accionar delictivo del Cártel de Sinaloa. Se hacían afirmaciones como las siguientes:

[Joaquín Guzmán Loera] es considerado un individuo de alta peligrosidad, que define claramente sus metas y la forma de alcanzarlas, utilizando sus habilidades de planeación, organización, negociación y proyección al futuro. Su tenacidad es producto del sentimiento de inferioridad que le produce el factor endógeno concerniente a su baja estatura de 1.55 metros, que refleja mediante una expresión de superioridad intelectual y de ambición desmedida por el poder. Destaca su alta capacidad de reacción con raciocinio; tiene necesidad de liderazgo, controla de manera adecuada su entorno, es obsesivo pero mesurado durante sus actos vindicativos, que son orientados al fortalecimiento de la estructura. En su realidad interna no existe la culpa. El éxito de sus acciones radica en sus habilidades para anticiparse a las reacciones de sus antagonistas. Lo caracteriza su egocentrismo, lo que lo lleva a pretender mantenerse en el centro de atención e importancia. Encuentra fortaleza en la generación natural de sentimientos de dependencia y lealtad hacia su persona, para crear un entorno de complicidad en el que él resulta ser el más beneficiado, a grado tal que el compromiso de sus dominados podría llevarlos a sacrificar su propia integridad física por resguardar la de él o la de su familia. La traición es un factor detonante de la agresividad que imprime a sus acciones, no le interesa ocultar su autoría, pero es reservado para aceptar su responsabilidad directa o indirecta. Cumple sus compromisos, pero también sus acciones de venganza, utilizando cualquier método violento si se siente amenazado. Es seductor, en apariencia espléndido y protector, genera círculos de confianza, garantiza el éxito de la estructura mediante la identificación y permanencia del grupo. Sin embargo, no es indulgente con sus detractores y no vacila en romper alianzas; este factor pasa desapercibido entre su círculo principal por las muestras de solidaridad que tiene con ellos; infundiendo al mismo tiempo al resto del grupo temor reverencial. Una de sus fortalezas es la tolerancia a la frustración, por lo que la venganza no es un hecho que ejecute con la inmediatez de una persona impulsiva, su respuesta es calculada, pero insistente, su visión es dañar a su adversario utilizando sus debilidades para producir el mayor daño posible. Se observa que algunas de sus debilidades son el temor a la pérdida de lo que considera sus logros, en primera instancia su libertad, lo que le produciría un estado depresivo; en segundo lugar, la pérdida de algún miembro de su núcleo primario, que podría desencadenar una venganza planeada pero devastadora y ejemplar para los responsables. (Badillo, 2014)

Lo más relevante aquí no es la poca o mucha exhaustividad de esta gran enumeración de distinciones caracterológicas que confirman el perfil criminal del individuo, sino el hecho de que se presente esa descripción como “oficial” de parte del gobierno, y que los medios de comunicación la difundan con un entusiasmo realista y objetivista.

Hay que subrayar aquí la poderosa mancuerna entre la individualización epistemológica, el discurso político y su mediatización (bastaría simplemente con un recuento rápido de la “crónica de los hechos” según el manejo

informativo que prevaleció acerca de los Casos Ayotzinapa<sup>2</sup> y Tierra Blanca<sup>3</sup>, ante lo cual los discursos del gobierno han pregonado mediáticamente la "verdad histórica" esgrimida en términos de "descripción única" y con los atributos epistémicos que ya hemos identificado como intrínsecos a tal retórica oficial). Otorgarle a la narcoviolenencia la connotación de "acto individual" no es ingenuo: por el contrario, robustece la cómoda atribución del fenómeno a un "asunto de maleantes", un acto alejado de la cotidianeidad propia y reservado a una nimia "bola de desechos humanos". El relato que prospera en los medios se exhibe, además, como "descripción única", concluyente y definitiva, lo cual clausura de antemano otras maneras de construir explicativamente el problema bajo investigación. Es decir, las interpretaciones alternativas no sólo son desestimadas o censuradas, sino progresivamente olvidadas. Deviene imposible pensar la violencia como una cuestión "transaccional" que jamás ocurre en soledad (sino en referencia a otros). Considerada como "explosión descontrolada e irracional" de sujetos desquiciados, se deja de lado el valor expresivo que los actos de crueldad emiten desde, hacia y para una comunidad de sentido. Se acalla un aspecto crucial de tal fenómeno, a saber: que la violencia asociada al narcotráfico acontece en un nicho social que la posibilita.

Un error medular de la individualización epistemológica es que confunde el episodio con la secuencia. Centrarse en el episodio violento (como lo es la transmisión noticiosa de una emboscada a la fuerza policial o a la gendarmería, o de la masacre a una familia completa) enfoca la atención sobre el acto individual, pero detiene ahí su análisis y no induce a una descripción ampliada de la situación (lo cual exigiría colocar el episodio específico dentro de un marco histórico-social mayor, que permitiría ir entendiendo las condiciones bajo las cuales fue posible tal desenlace).

Dicha ampliación observacional iría revelando la multidimensionalidad de un fenómeno que, *prima facie*, se presentaba como individual (así, lo que el sujeto realiza se percibiría como un lado del gigágono).<sup>4</sup> Lo que se quiere señalar con tal metáfora es que, la violencia episódica (perpetrada, efectivamente, por el individuo), no florece en asépticos vacíos sociales sino que adquiere significado, validez y viabilidad en un hábitat familiar, comunitario, institucional, cultural y político fuera del cual no sería lo que es (Christiansen, 2013 y 2016). En cada uno de esos niveles el individuo actúa "frente a, en contra de, en complicidad con, influido/alentado/condicionado por y ante los ojos de". En otras palabras, el sujeto está integrado a una espesa red de actores que pueden funcionar intercambiamente como "factores de riesgo" que precipiten conductas antisociales o como "figuras resilientes" que

<sup>2</sup> Caso Ayotzinapa: 26 de septiembre de 2014, en el Estado de Guerrero. Estudiantes de la Escuela Normal de Ayotzinapa fueron atacados por policías municipales de Iguala y Cocula: 43 fueron detenidos y desaparecidos. Según la versión oficial, los estudiantes fueron entregados a integrantes del grupo delictivo Guerreros Unidos (escisión del cártel de los Beltrán Leyva), quien los asesinaron e incineraron en el basurero municipal de Cocula.

<sup>3</sup> Caso Tierra Blanca: 11 de enero de 2016. Cinco jóvenes salieron del puerto de Veracruz con rumbo a Playa Vicente. Al pasar por el municipio de Tierra Blanca, policías estatales los interceptaron y desde ese momento no se supo de ellos. La versión oficial afirma tener testigo de que fueron entregados a miembros de la delincuencia organizada.

<sup>4</sup> Gigágono es un polígono de mil millones de lados.

posibiliten experiencias reparadoras. Por supuesto que el alegato del discurso psicopatológico induce a observar al individuo como una “bestia sanguinaria” cuya furia parece brotar inexplicablemente de la nada. Ciertamente se esgrimirá que dicho sujeto padece de algún Trastorno Antisocial o Trastorno del “Apego” (función de la cual depende en gran medida el desarrollo de la capacidad de empatía, el sentimiento de culpa y la autorregulación emocional). Sin embargo, la explicación en clave psicopatológica no arrastra consigo un inexorable determinismo individualista porque, aun admitiendo que el sujeto es inadaptado o está enfermo, la cuestión sigue estando teñida de un trasfondo “relacional”. Que prevalezcan formas de apego inseguro o desorganizado en las personas con conductas muy agresivas no está en absoluto desconectado del deterioro maduracional que resulta de la falta de cuidados tempranos, la exposición a elevadísimos grados de estrés y el consecuente truncamiento del desarrollo pleno de la neuroplasticidad y el neuroaprendizaje (Barudy y Dantagnan, 2010). Como se ha argumentado (Christiansen, 2016: 151): “Que el afectado por un trastorno antisocial sea un sujeto particular no lo convierte en tema *individual*. En principio porque, de las alteraciones de la neurobiología del cerebro infantil propiciadas por maltrato, es responsable el adulto cuidador (primariamente los padres biológicos, pero, en ausencia o incompetencia de éstos, lo son las instituciones que deberían ofertar una *parentalidad social reparadora*)”.

Por supuesto que la biografía del individuo tiene un relieve particular en el plano biosocial (y que, por ello, los discursos caracterológicos y la psicología de la personalidad toman relevancia). La carga histórica, la victimización infantil, el desarrollo de la necesidad de ejercer poder sobre los otros, son *constraints* que se acoplan dentro de ese nivel individual, y que pudieran no ser contrarrestados, frenados, inhibidos o revertidos por el ámbito familiar o comunitario dentro del cual el individuo actúa. Pero, entonces, la participación en actos de narcoviolenca es un “devenir”, al cual se llega por la acción y omisión de quienes comparten el hábitat del cual forma parte el sujeto. En otras palabras, al momento de pretender explicar un fenómeno tan escurridizo como el de la narcoviolenca, el observador debería atender a la coordinación de factores de riesgo y de protección que operan en cada nivel del tejido social en momentos diferentes, y a través de los cuales el individuo se mueve activa y transformadoramente. La violencia social concentra una potente fuerza expresiva (es decir, como forma de relación emite mensajes culturales) y encuentra muchas más opciones de emerger en un hábitat que la haga sustentable. En tal sentido, se parece más a un ecosistema que a una isla. Esta apreciación sería suficiente para dudar de la plausibilidad de aquellas explicaciones anquilosadas en el discurso político que se ampara en argumentos emanados de la ciencia forense, y que acaban por inclinar la balanza epistémica a favor de las restrictivas explicaciones individualizadoras.

## La narcoviencia: ¿objeto de investigación de las ciencias sociales?

Al referirse a "la" narcoviencia, el discurso la presenta como si se aludiera a una esencia inmodificable (y no a una forma específica de construir la definición del problema). Tratar la narcoviencia como un "sustantivo" hace relucir nuestra reiterada tendencia a "cosificar" las definiciones que usamos para ordenar y entender las realidades sociales en las que estamos inmersos. Es innegable que no observamos "la" narcoviencia de la misma manera en que podríamos observar y señalar una piedra, un lago o una estrella. Aquello a lo cual nombramos "narcoviencia" remite a un conjunto de prácticas enlazadas que se clasifican de esa forma en función de cómo hemos definido ese tipo particular de violencia. Pero, por ello mismo, esa estrategia de ontologización (que convierte a la narcoviencia en un universal) obstruye la posibilidad de entenderla en su carácter "emergente" (Motta, 2012), es decir, como resultado de múltiples dinámicas transaccionales en las cuales el poder circula, resiste, muta, se frena y/o se refuerza (Christiansen, 2016).

La sustantivización o cosificación de la violencia en el discurso se articula idóneamente con la individualización de la misma, acentuando la idea de que la violencia es una fuerza maléfica situada "dentro" de los individuos y que preexiste a las formas de "vincularnos" (lo cual, a su vez, deposita la carga de responsabilidad únicamente sobre dichos "malvivientes"). En el relato "oficial", tales argucias epistémicas (sustantivización más individualización) aparecen disimuladas tras la apariencia de "rigor metodológico" procedente del esgrimido "objetivismo" científico. El profesional experto es colocado como guardián de ese acceso privilegiado a la realidad que conoce de manera imparcial. Adopta en su estudio un rol de "observador externo" que, de acuerdo a los cánones metódicos que rigen la investigación, ha de ser capaz de aislar el objeto de estudio y abordarlo con actitud neutral y desinteresada (es decir, no política).

El nudo del problema con esta cuestión es que, al considerarse a sí mismo como un "observador externo", el experto no es capaz de observar de qué intrincadas maneras puede estar participando él mismo en la reproducción del fenómeno. Al convertir la narcoviencia en un "objeto" de estudio (*objectum*, "colocado frente a nosotros") se trata el tema con una distancia emocional que borra todo indicio de corresponsabilidad. Bien podría pensarse que, quien sólo "reflexiona" sobre la violencia, no incide en ella en lo más mínimo. Sin embargo, un juicio semejante es desacertado, ya que someter tal cuestión al discernimiento abstracto contribuye a construir explicaciones que fundamentarán el discurso que se presenta como "descripción única", verdadera y concluyente (como aparece formulado en el *speech* político con ínfulas científicas amarradas en los peritajes criminológicos antes mencionados). Como si estas estrategias argumentativas (individualización, sustantivización) no fueran lo suficientemente útiles para sustentar una versión acabada y pulida de "los hechos", hay que considerar aún una tercera treta epistémica: la polarización descriptiva / explicativa. Pasaremos a examinar tal recurso y a evidenciar cómo se ensambla con las mañas enlistadas hasta el

momento. Lo distintivo en el siguiente tramo de la exploración será el cambio de foco desde la retórica política a la representación mediática de la narcoviencia. Pero, como deberá ser advertido sobre el final del recorrido, estaremos transitando por un terreno compartido, ya que el principal dispositivo en la formación de opinión masiva son los espacios mediáticos, particularmente el televisivo, y ello abarca la difusión del discurso político oficial a través del género noticioso en horarios pico, así como el género de entretenimiento mediante series, novelas y películas.

### **Narcoviencia: los buenos de un lado, los malos del otro**

Que la “descripción única” gane credibilidad depende en gran medida de cómo sea construida para la audiencia. El éxito de su elocuencia se alimenta principalmente del oportuno uso de los mecanismos epistémicos que venimos mencionando, los cuales operan mancomunadamente con otros engranajes epistémicos similarmente ventajosos. Tal es el caso de la “polarización” del análisis a través de la aplicación de “dicotomías”. Desde una perspectiva polarizada, el mundo resulta dividido binariamente (lo cual instiga a ordenar el universo estudiado recurriendo a simplificaciones extravagantes, tales como: buenos y malos, víctimas y verdugos, culpables e inocentes, los que están adentro y los que están afuera). La adopción de una óptica tan empobrecida no permite advertir “porosidades”, ni intersticios, ni traslapes entre el narcomundo y el mundo legal. Simplemente, o se está en uno, o se está en el otro.

Si, por el contrario, cambiamos el eje de observación, se hace claro que las fronteras entre la “narcocultura” y el mundo de la legalidad son bastante más borrosas que lo que estaríamos dispuestos a creer. Múltiples prácticas sociales ocurren en ambos espacios: el derroche, la transgresión, el incumplimiento de la norma y el machismo son, por ejemplo, continuamente asociadas al “narcomundo”, pero en verdad también forman parte de la cotidianidad de la vida social en las culturas oficiales (Giacomello y Ovalle, 2006). Paulatinamente, “La indiferenciación de la cultura 'legal' del *statu quo* con la 'ilegal' del narcotráfico ha ido recorriendo distintos espacios sociales, hasta interiorizarse en el sentido común de los individuos” (Giacomello y Ovalle, 2006: 213). En tanto “nuevo rico”, el habitante del narcomundo se ha ido mezclando en los espacios ciudadanos cuyo acceso ya no se restringe exclusivamente al “rico con *cache*”. En diversos aspectos que ameritarían un enfoque punto por punto, puede postularse un cierto “licuacionismo” entre hábitos cimentados tanto en la narcocultura como en el contexto más general al que ella no es impermeable (y al cual también permea).

Por otra parte, resulta intrigante y paradójico que los mismos medios en los cuales se presentan los discursos oficiales sobre la narcoviencia, sean los que ofrecen también una prolífica industria de entretenimiento basado en el “narcoespectáculo” (entre las más rankeadas se encuentran: *El señor de los cielos*, *Pablo Escobar: Patrón del mal*, *El Capo*, *Las chicas de la mafia*, *Sin tetas no hay paraíso*, entre otras). Ahora, si bien el producto recreativo que venden muestra el lado criminal del narcomundo (como lo hace el discurso político oficial) también exhiben (como en vidriera) su lado afable. Asimismo, del otro lado de



la pantalla, atestigüamos la existencia de un formidable mercado de espectadores extasiados frente a la "narcoficción"; una incalculable masa de televidentes se regocija con las aventuradas narconovelas, con el mismo entusiasmo que tararea la pirotecnia verbal de los narcocorridos o que se hipnotiza con el suspenso de la narcoliteratura.

Sobre tal escenario mediático, es menester plantear algunas reflexiones de corte crítico. En primera instancia, el hecho de que, la mal-denominada "narcoficción", se presente como tal, revela nuevamente la epistemología pueril que le subyace a tal apreciación. Narra una trama que en cierta forma justifica el ingreso de sus desventurados personajes en las filas del narcotráfico, y la monta en un formato de aventura de héroes y villanos; pero, entonces, la narconovela resulta in-formativa (es decir, rebasa por mucho su expresa intención de ser meramente "recreativa"). Su fachada de "narcoficción" amortigua su carácter amenazante al mismo tiempo que muestra aristas más amables (y atractivas) sobre el narcomundo. Que la narcoficción resalte ese aspecto celebralista generalmente eclipsado por la mirada instaurada resulta crucial para entender cómo, lejos de ser observado exclusivamente como un camino a la muerte ("narcoinfierno"), el fenómeno ha calado con ímpetu en grupos sociales que, desde sus particulares circunstancias, lo ven como un horizonte de posibilidad de una vida mejor ("narcolandia") (Christiansen, 2016). Mediante un género que apela a la sensibilidad estética del consumidor, y que aparentaría sólo entretenerlo, se llega a exponer sin miramientos lo que uno advierte en amplísimos sectores de la comunidad que emulan, aprueban e imitan el estilo de vida narco. Cuestionando severamente las explicaciones individualistas, cosificantes y dualistas, hay que considerar, entonces, que el liderazgo, la protección y la connivencia que el "capo" obtiene muchas veces de su entorno no se debe únicamente al uso de la violencia y a la instrumentalización de la corrupción, sino también a la complicidad, la simpatía y la gratitud que se le rinde por asumir, en su comunidad, funciones abandonadas por políticos indolentes y mezquinos. De hecho, el contraste con un Estado ausente serviría para realzar la construcción de la figura del capo como una especie de "cacique generoso" (Ovalle, 2010). Que las noticias del día pongan en la palestra las sanguinarias represalias contra la respuesta no esperada (colgados, decapitados; encajuelados; deslenguados; encobijados; entambados; embolsados; desmembrados) no apaga la ambivalente mirada de quien teme y condena la fiereza del capo, pero admira su autogobierno y su ascenso social.

Las diversificadas expresiones "idolátricas" hacia la figura del capo (real o imaginado) dejan entrever que el estilo de vida asociado al narcotráfico no tiene que ver únicamente con un ilícito cometido por sórdidos individuos cuyo principal pecado es la usurera ambición material. Tal interpretación nos empujaría nuevamente hacia una visión demasiado simplista sobre un fenómeno tan polifacético. Como se puede percibir sobradamente en varios personajes de la narcoficción, aquello tras lo cual se corre ansiosamente no es sólo la acumulación de riquezas y el acceso al mundo de los placeres materiales, sino un anhelo que está más bien en el orden de lo "simbólico", y que se arraiga en el deseo de ser alguien, de ganar aceptación social, de sentir confirmada la propia valía (parafraseando el dicho popular en el narcomundo: "mientras los

burgueses quieren ser poderosos haciéndose ricos, nosotros queremos ser poderosos dando órdenes” (Rincón, 2013: 3). En tal sentido, la sobreactuación del éxito por parte de estos “bárbaros transgresores” puede ser comprendida como un modo de reafirmación del que ha vivido en carne propia la exclusión, la inferiorización y la estigmatización en los múltiples niveles sociales (familiar, educativo, laboral, ciudadano). Tomando en cuenta este tipo de apreciaciones, no puede seguir suponiéndose que el estilo de vida narco orbita sólo en torno a la “ética de la pistola y el billete”. Dicha forma de descripción es extremadamente desresponsabilizante, porque no incluye aspectos que sostienen, reproducen o incluso intensifican el fenómeno. Sin ir más lejos, pensemos en cómo la perorata cultural de la autosuperación y el tener que “ser alguien” se vociferan en medio de un océano de dificultades para una gran mayoría que carece de aceptación e inclusión social (y que además debe refrendar lo fácil que resulta para una selecta minoría acomodada). Sin duda se requiere de análisis más complejos, que permitan observar, por ejemplo, estas otras dimensiones marginales asociadas al revanchismo social. Por supuesto que, tras la decisión de observar el narcotráfico como si fuese un perdido archipiélago (en lugar de un espacio bien integrado al territorio), los hilos conectores se vuelven invisibles.

Sintonizando con la insuficiencia de los análisis que denotan únicamente el costado criminal del narcomundo, María Luisa de la Garza hace la siguiente reflexión sobre la atacada beligerancia verbal de las letras de los narcocorridos:

Si se supone que, mal que nos pese, son unos discursos *nuestros* (o de una parte de *los nuestros*), habría que escuchar con más detenimiento no sólo lo que estas canciones dicen de “ellos, los narcotraficantes”, sino especialmente lo que dicen de “nosotros, los otros” que los juzgamos deleznable, para ver si su ética es en realidad una ética “desviada” o bien las instituciones y los grupos dominantes han preferido desviar su mirada para solo enfocar una parte del problema. (2008: 8)

Esa “parte del problema” de la que tanto se habla no es ni más ni menos que la siempre destapada ilegalidad demencial del fenómeno; el discurso oficial se limita a fustigarlo, perseguirlo y sancionarlo. Poco o nada se dice de las otras dimensiones culturales que también le son constitutivas y que están moldeadas por los mismos mandatos de aceptabilidad social emanados de la sociedad que vitupendia el narcotráfico. Innumerables conductas y actitudes teatralizadas por los “narcoimplicados” ritualizan el poderío económico altamente venerado por las sociedades capitalistas. Para muestra, basta con echar un vistazo no sólo a las exageraciones de los personajes del narcomundo tal como se exponen en las narcoficciones, sino también al tipo de producto fabricado por la parafernalia marketinera del “narcoshow periodístico”. Este último género narrativo es una adecuada ilustración de cómo se despliega la “manufacturación mediática” de la noticia cuando adereza su poder de atracción con dispositivos tomados del mundo del espectáculo. Un inequívoco ejemplo de la estetización de la noticia lo hallamos, nuevamente, en el emblemático caso del “Chapo Guzmán”, cuya figura ha sido objeto de múltiples relatos satanizadores pero también

mistificantes. La "estelarización" del caso en los medios de comunicación ha tomado rumbos inusitados: el espeluznante *thriller* de fugas y reaprehensiones, las aventuradas huidas por túneles y sistemas de drenaje, la escalofriante idea de un ejército de ingenieros planeando clandestinamente la huida, se han combinado, esta vez, con la "holliwoodización" del caso mediante la implicación de los afamados actores Sean Penn y Kate del Castillo, además de condimentarlo, más tarde, con la "enternecedora" apología de parte de la bella esposa del capo (la ex Reina de belleza Emma Coronel Aispuro).<sup>5</sup> Narcoshow, narcocultura y narcopolítica han mostrado, en los medios masivos, la opacidad de sus fronteras. De ahí el éxito que ganan las entrevistas "serias" y exclusivas a personajes de la narcofarándula, como por ejemplo la de la periodista Carmen Aristegui a la actriz Kate del Castillo, o de la Cadena Telemundo a Emma Coronel Aispuro.<sup>6</sup>

En los casos de Sandra Ávila Beltrán y Laura Elena Zúñiga Huízar, la fabricación de la noticia no ha sido muy diferente.<sup>7</sup> La cobertura periodística no estuvo primordialmente orientada al análisis sobre el aumento o la modalidad de la participación de las mujeres en la delincuencia organizada, sino a la construcción estereotipada de personajes que encarnan un conjunto de atributos coherentes con lo que se imagina acerca de las mujeres de "narcolandia". Vertiginosamente Sandra Ávila Beltrán se convirtió en "la Reina del Pacífico" y Laura Elena Zúñiga Huízar se hizo conocida por su título "Nuestra Belleza Sinaloa 2008". Analizando las artimañas de los medios de prensa para montar una nueva "novela periodística" (camuflada de "periodismo objetivo"), se puede evidenciar que la prensa mostró ambos casos de acuerdo a los parámetros de deseabilidad de sus consumidores: "Se ponderaron los adjetivos, no los nombres de pila de estas mujeres, ni quiénes son, ni cuál fue su problemática, ni cuáles sus motivos ni cuál era su situación de vida" (Lagunes y González, 2009: 9). A efectos de la "pantallización espectacularizada", el

---

<sup>5</sup> El 28 de septiembre de 2015, mientras que el gobierno de Enrique Peña Nieto buscaba incansablemente a Joaquín Guzmán Loera, El Chapo (quien se había fugado por tercera vez, ahora del Penal de Máxima seguridad del Altiplano, Estado de México), el actor estadounidense Sean Penn, por medio de la actriz mexicana Kate del Castillo, le realizó una entrevista al narcotraficante mexicano, para ser publicada en la revista Rolling Stone. Guzmán Loera fue reaprehendido el 8 de enero de 2016.

<sup>6</sup> El 21 de febrero de 2016 la cadena Telemundo emitió la entrevista que la periodista Anabel Hernández le realizó a la esposa de Guzmán Loera, Emma Coronel Aispuro. La entrevista de Carmen Aristegui a Kate del Castillo (protagonista de La reina del Sur) fue en Los Ángeles, para CNN en español. Se emitió el 22 y 23 de marzo.

<sup>7</sup> Sandra Ávila Beltrán nació el 11 de octubre de 1960 en Mexicali, Baja California, y es considerada una de las personas más poderosas dentro del narcotráfico en México por sus supuestos vínculos con capos de la droga colombianos. Fue detenida el 28 de septiembre de 2007 en la Ciudad de México, durante un operativo llevado a cabo por agentes federales. Ávila fue acusada de ser la administradora financiera del Cártel de Sinaloa y señalada como una colaboradora cercana de Joaquín "El Chapo" Guzmán e Ismael "El Mayo" Zambada, líderes de dicho grupo del narcotráfico.

Laura Elena Zúñiga Huízar fue la ganadora, en 2008, del certamen Nuestra Belleza Sinaloa y del certamen Reina Hispanoamericana, celebrado en Bolivia. Tenía 23 años cuando fue arrestada junto a siete hombres en Guadalajara, Jalisco, portando armas y miles de dólares en efectivo.

personaje devoró prácticamente las respectivas identidades y subjetividades de estas dos mujeres inmersas en ecosistemas sociales muy particulares (y de los cuales no se dijo casi nada). De modo análogo a la narcoficción, la noticia remitía a un escenario de dinero, poder, sangre y crimen, de mujeres bellas, jóvenes, ricas, raras, poderosas, temibles, codiciosas, transgresoras, malas, duras, perversas. Incluso el apodo escogido para nombrar a Sandra Ávila Beltrán (“la Reina del Pacífico”) da cuenta de la intersección entre el supuesto “periodismo objetivo” con la narcoliteratura y la narcotelevisión (ya que el apodo alude al popular libro *La reina del sur*, de Arturo Pérez Reverte). Como se afirma en “¿Narcoinfierno o narcolandia? Una epistemología intempestiva sobre el relato *oficial* de la violencia en México” (Christiansen, 2016), el periodismo le dio relieve a su origen en la “narcocuna” y su imagen “glamorosa” dentro de un mundo marcadamente masculino: “Se le calificó como “publirrelacionista”, como mujer encargada de “lavar” el dinero producto del tráfico de drogas, como pariente de una familia de narcos y como “novia” de hombres “pesados” en el narcotráfico, es decir, de hombres importantes del “negocio” (Lagunes y González, 2009: 74).

Aquí no se está cuestionando la veracidad del dato, sino más bien el modo en que típicamente se oculta el carácter selectivo de la explicación. La particular forma en que se presenta y explica un hecho responde a un proceso de construcción del observador. No es posible realizar una descripción total y exhaustiva sobre un cierto fenómeno, ya que una condición indispensable para poder describir es, precisamente, trazar una distinción entre lo considerado “relevante” y lo “no-relevante”. En consecuencia, la manera de “narrar lo sucedido” nunca está libre de sesgos que son intrínsecos a su marco descriptivo (sea la narración del periodista, la del observador político, la del *policymaker*, o incluso la del analista académico).

Por lo tanto, una pregunta que reviste el mayor interés es por qué se seleccionan ciertos aspectos del fenómeno antes que otros. Cabe indagar, por ejemplo, a qué premisas, intereses y objetivos responde que el análisis político oficial enfatice la arista delincencial de los individuos que participan en el narcotráfico (dejando en la inobservancia la malla sociocultural que sostiene tal negocio); como también merece ser pensado a qué ideas, expectativas e intereses responde que la narcoficción y el narcoshow prefieran mostrar su flanco deseable. La manera en que se expuso el caso de Laura Elena Zúñiga es ilustrativa de este punto, ya que estuvo basada en la elección de aspectos sumamente rentables: la protagonista (originaria de Sinaloa) es una “flamante” ganadora de importantes concursos de belleza cuya esbeltez la convierten en una “mujer-trofeo” elegible y elegida por un capo. No puede negarse que este estilo de presentación de los casos refleja expectativas sociales que percibimos en nuestra cotidianeidad: muchos hombres que envidian a los “capos” por poder acceder a “las más bonitas” y muchas mujeres envidiando a las “reinas” por ser escogidas por un “duro” que les dispense lujos sin tener que trabajar (Christiansen, 2016).

Por supuesto que estos *clichés* narrativos aparecen (y aparecieron) en formato de “crónica de los hechos”, describiendo dos versiones de féminas representadas en la fantasía mediática de la *narcosocialité* y aduladas por el

“ideal” masculino: “la mujer fuerte, de poder, la 'cabrona', la de 'armas tomar', Sandra Ávila Beltrán, contra la dócil, la tierna, la mujer adorno, Laura Elena Zúñiga Huízar” (Lagunes y González, 2009: 36). Y, desde allí, la división “binaria” del narcomundo y sus *narcostars*: la fuerte y la débil, la protagonista y la víctima, la sujeto y la objeto, la villana y la seducida, la retadora y la desvalida, la altanera y la arrepentida (Christiansen, 2016). Bien se pudiera juzgar que la circunscripción del relato a tales aspectos destella cierto esnobismo periodístico, pero también cabe la reflexión inversa (que hay un público consumidor ávido de gozar virtualmente de la narcofantasía del hedonista mundo de los poderosos). Pudiera haber sucedido que la noticia no recayera tanto sobre “la Reina” y “la Miss”, sino sobre los “capos” a quienes acompañaban (Sandra Ávila Beltrán fue detenida junto con su novio, el capo colombiano Juan Diego Espinoza Ramírez, alias El Tigre; y Laura Elena Zúñiga Huízar, fue detenida junto con su novio Ángel Orlando García Urquiza, presunto “operador y principal cabeza del cártel de Juárez”). O podría haber pasado que la investigación periodística hiciera mella en el modo en el cual se involucran en el narcotráfico las mujeres jóvenes en las zonas de la frontera norte de México y las inequidades jurídicas a las que se ven enfrentadas cuando “caen en desgracia”, o en cómo las formas de organización de las relaciones en el narcomundo reafirman o cuestionan ciertos patrones de asimetría y estratificación entre hombres y mujeres. En fin, la exploración periodística y lo “descrito” podría haber tomado rumbos inesperados, infinitos puntos de observación. Pero prevaleció una perspectiva: se habló de individuos, y no de “ecologías sociales”. Poco o nada se ha dicho de ese enclave de factores que alberga las condiciones para que la narcocultura nazca, madure, se propague, mute, se entere con la cultura legal y genere estilos de vida no polarizados. Muchas veces participamos, aunque sin advertirlo, de esa “naturalización del mal” que se encapsula en innumerables actos invisibilizados (como lo sería, por ejemplo, el consumo de un videojuego que banaliza la resolución violenta de los conflictos). Lo que es digno de acentuarse, entonces, es que el amplio sector de la población que se organiza en torno a una actividad ilegal, puede prosperar, reproducirse y perpetuar allí su existencia porque se siente “cómoda” en un medio que satisface sus expectativas. Y si bien en tal “narcohábitat” se distribuyen funciones y posiciones diversificadas (“nichos ecológicos”), se conserva una unidad que mantiene la estabilidad entre los componentes de esa ecología de la violencia. Si no se comprende de qué está conformado ese equilibrio ecosistémico que mantiene viva a la narcoviolencia, difícilmente se podrán desanudar y deshebrar sus fibras más resistentes.

## Conclusión

A lo largo de estas reflexiones, hemos ido mostrando cómo el uso de algunos recursos epistémicos sirve a los fines de configurar una cierta manera de observar un determinado fenómeno. Siendo así, dicha observación no dice tanto de lo observado como del observador (cuyas maniobras epistémicas lo inducen a mirar de un modo que excluye otras potenciales formas de percibir). En este artículo nos circunscribimos a la revisión de tres dispositivos

argumentales útiles para la justificación de un cierto discurso acerca de la “narcoviencia”, del cual se adujo que representa típicamente al posicionamiento político oficial ante la gran mayoría de la sociedad mexicana actual. Bajo tal prisma, la narcoviencia es visualizada como sumatoria de actos individuales protagonizados por sujetos caracterológicamente conflictuados, socialmente rechazados y jurídicamente punibles. En ese contexto, como se dijo, algunas disciplinas científicas funcionan como proveedoras de estrategias de validación que le dan a tal perspectiva una nomenclatura científica. Se mencionó a la psicopatología y psicología forense como ilustrativas de ese rol instrumental. Cuanto mayor fortaleza evidencial puedan irradiar tales disciplinas, más alta será la credibilidad de la opinión pública en el tipo de descripción esgrimida por aquellos que apelan a sus marcos conceptuales. Por ello resulta tan frecuente que el relato con apariencia de “descripción única” (verdadera, objetiva, concluyente) introduzca en su autodefensa argumentos tomados de esos saberes cuyo rigor habitualmente no se cuestiona. Así, individuación, sustancialización y polarización se han conjuntado en la trama narrativa que explica la narcoviencia desde una exacerbada mirada descontextualizada y criminalizante.

Sin embargo, uno de los principales obstáculos de tal estilo de presentación es el de no reflejar de manera convincente las ambivalencias que prevalecen alrededor de la cuestión en las conversaciones que los ciudadanos mantienen en el día a día. Es decir, tal estilo de presentación es tan unilateral y parcializada que no deja aflorar la observación de otras dimensiones del narcoestilo de vida (el cual, como se señaló, no es tan radicalmente diferente de la forma de vida de la cultura legal). No insta a observar, por ejemplo, que el mismo sujeto que, frente a la noticia roja, estigmatiza al “narcoimplicado”, en otro momento se extasía ante la autoafirmación, la adrenalina, la extravagancia, el vértigo y la excentricidad de los personajes de la narconovela. En otras palabras, la forma en la cual se vive en la narcocultura está caracterizada por un conjunto de “tensiones” y “rarezas” que no pueden avizorarse desde una mirada lineal. Es cierto que ese sujeto puede padecer y quejarse de la militarización de las calles o los retenes en las carreteras, pero sus preferencias como espectador no tienen que ver con la coerción: elige ver la narconovela, opta por escuchar y cantar el narcocorrido, busca activamente la noticia de la narcofarándula o el libro que narra la emocionante biografía de los capos y las “narcoreinas”.

Cuanto más ahuecadas son las explicaciones que resaltan la barbarie del fenómeno (al mismo tiempo que ignoran las prácticas culturales que las vitalizan, como por ejemplo la corrupción, la impunidad, la desigualdad, entre otras), más se empodera la narcoficción, pues triunfa en matizar el lado delictivo, ilegal y violento del narcomundo con su lado tentador). Esa manera de hablar del tema guarda mayor similitud con la forma en la cual los “ciudadanos de a pie” perciben la cuestión al interior de la narcocultura. Como se ha dicho antes, el narcoespectáculo ha fermentado en la cuadratura de las pantallas televisivas y cinematográficas, a través de las cuales se ha hecho gala de que “todo vale para salir de pobre” y de que es posible lograrlo de la noche a la mañana, sin pasar necesariamente por un sistema educativo elitista e inequitativo, o sin tener que provenir de un entorno familiar cuyo pedigrí

facilite el ascenso social. Es decir, ese género narrativo enmarca el fenómeno en un esquema menos orientado al enjuiciamiento, y por lo tanto invita a alguna especie de identificación o empatía con situaciones existenciales en las que el espectador pudiera verse retratado.

Algo análogo se ha afirmado aquí sobre el ejercicio del periodismo estelarizado, que, si bien se presenta como un medio que ausculta "la realidad", sin embargo lo hace muchas veces de una manera estetizada (buscando satisfacer las expectativas del mercado televisivo). Sin embargo, como ya se advirtió, la noticia contada es una construcción orquestada según lo que el observador pondera como "relevante", pero también como "vendible". Esta situación se ve agravada por el hecho de que el autodenominado "periodismo objetivo" se nombra a sí mismo como "periodismo responsable", ostentando una falsa neutralidad que disimula lo que venimos postulando enfáticamente en este artículo: que la forma en la que algo se enuncia no refleja "lo que las cosas son", sino el cómo las ve el observador.

Ante tal panorama, la epistemología se ve retada a desenmarañar las condiciones que sostienen los relativos puntos de observación, así como a interpelar críticamente a quien afirma tener la explicación más coherente sobre la violencia y el narcomundo. Resulta indispensable recordar que coherencia y verdad no son lo mismo: el discurso que, en lugar de afrontar sus propios timos, los disimula, termina naufragando en la levedad filosófica.<sup>8</sup>

## BIBLIOGRAFÍA

- BADILLO, Miguel (2014), "El perfil criminológico de El Chapo", *Contralínea*. Consultado en: <<http://www.contralinea.com.mx/archivo-revista/index.php/2014/02/24/el-perfil-criminologico-de-el-chapo/>> (05/05/2016).
- BARUDY, Jorge; DANTAGNAN, Maryorie (2010), *Los desafíos invisibles de ser madre o padre. Manual de evaluación de las competencias y la resiliencia parental*. Barcelona, Gedisa.
- CHRISTIANSEN, María L. (2013), "Violence and maltreatment in relational ecologies: toward an epistemology of corresponsability", *Interpersona: An International Journal on Personal Relationships*, vol. 7, n.º 1, pp. 150-163. DOI: <<http://dx.doi.org/10.5964/ijpr.v7i1.115>>.
- \_\_\_\_\_ (2016), "¿Narcoinfierno o narcolandia? Una epistemología intempestiva sobre el relato *oficial* de la violencia en México", *European Scientific Journal*. vol.12, n.º 11, pp. 129-155. DOI: <<http://dx.doi.org/10.19044/esj.2016.v12n11p129>>.
- DE LA GARZA, María Luisa (2008), *Pero me gusta lo bueno. Una lectura ética de los corridos que hablan del narcotráfico y de los narcotraficantes*. México, Porrúa.
- DÍAZ, Esther (1996), *La ciencia y el imaginario social*. Buenos Aires, Biblos.

<sup>8</sup> Tanto esta afirmación como el título del artículo parafrasean el nombre del libro *La insoportable levedad del ser*, del escritor checo Milan Kundera, publicada en 1984.

- GIACOMELLO, Corina; OVALLE, Liliana (2006), "La mujer en el 'narcomundo'. Construcciones tradicionales y alternativas del sujeto femenino", *Revista de Estudios de Género. La ventana* n.º 24, pp. 297-318. Universidad de Guadalajara. Consultado en: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88402411>> (23/02/2016).
- LAGUNES HUERTA, Josefina y GONZÁLEZ NICOLÁS, Lucía (2009), *Las mujeres en el crimen organizado: narcotráfico y secuestro. ¿Tema de información y disertación periodística?* México, CIMAC Comunicación e Información de la Mujer, AC y Fundación Friedrich Ebert.
- MOTTA, Carlos (2012), "Complejidad y violencia", en Caviglia, F. (ed.), *Violentología. Hacia un abordaje científico de la violencia*. Buenos Aires, Ciccus.
- OVALLE, Lilian (2010), "Narcotráfico y poder. Campo de lucha por la legitimidad", *Athenea digital. Revista de pensamiento e investigación social*, n.º 17, pp. 77-94. DOI: <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenead/v0n17.632>
- RINCÓN, Omar (2013), "Todos llevamos un narco adentro", *Matrices* vol. 7 n.º 2, pp. 1-33.
- ZIZEK, Slavoj (2009), *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Buenos Aires, Paidós.